

CLÁSICOS *de la* FE



OBRAS DE CHARLES SPURGEON

Ex Libris

Broadman & Holman

Copyright © 2020 por B&H Publishing Group
All rights reserved.

Impreso en EE. UU.

978-1-5359-8433-1

Publicado por B&H Publishing Group
Nashville, Tennessee

A menos que se indique otra cosa, las citas bíblicas se han tomado de la versión *Reina-Valera 1960*[®] © 1960 por Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso. *Reina-Valera 1960*[®] es una marca registrada de las Sociedades Bíblicas Unidas y puede ser usada solo bajo licencia. Las citas bíblicas marcadas LBLA se tomaron de LA BIBLIA DE LAS AMÉRICAS, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usadas con permiso. Las citas bíblicas marcadas TLA se tomaron de la Traducción en Lenguaje Actual[®], © 2002, 2004 por Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso. Las citas bíblicas marcadas RVA se tomaron de la Reina Valera Actualizada, © 1989 por Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso.



OBRAS DE CHARLES SPURGEON
ESTE VOLUMEN CONTIENE:

Lecciones a mis estudiantes

Todo de gracia





Lecciones a mis estudiantes



Contenido

El colegio de Pastores	5
Introducción y apología	9
Lección 1: La autovigilancia del ministro	13
Lección 2: El llamado al ministerio	41
Lección 3: La oración privada del predicador	77
Lección 4: La oración pública del predicador	99
Lección 5: Los sermones, su tema	131
Lección 6: En cuanto a la elección del texto	151
Lección 7: En cuanto a la espiritualización	181
Lección 8: En cuanto a la voz.	201
Lección 9: La capacidad para el discurso impromptu.	229
Lección 10: Los ataques de depresión del ministro.	253

El colegio de Pastores



El colegio de Pastores se inició a pequeña escala en el año 1856. Desde esa fecha ha capacitado y ha enviado al ministerio a no menos de 350 hombres, de los cuales, después de sustracción por muerte y otras causas, alrededor de 300 permanecen en la denominación bautista, y predicán el evangelio de Jesucristo. Además de esto, un número mucho mayor de hombres reciben educación nocturna gratuita, que los capacita para ser misioneros de ciudad, distribuidores de libros y de Biblias o cristianos útiles en su entorno.

La institución no recibe hombres para hacerlos predicadores, sino que se ocupa de ayudar en la capacitación adicional de los hermanos que han predicado con cierto éxito por al menos dos años. Muchos hombres de espíritu sincero y de carácter cristiano probado, se ven obstaculizados en sus esfuerzos por la falta de conocimiento. Conscientes de sus propios defectos, estos se esfuerzan por mejorar, pero sin una guía, con necesidad

de libros y poco tiempo libre, les es difícil progresar. La Universidad de Pastores da la bienvenida a hombres como estos. Hombres en quienes se halla piedad, celo y que posean al Espíritu no deben temer ser rechazados en nuestras puertas a causa de la pobreza; si poseen estos dones espirituales que son esenciales para el predicador.

El colegio tiene como objetivo formar predicadores en lugar de eruditos. Desarrollar la facultad de hablar bien, ayudarlos a comprender la Palabra de Dios y fomentar el espíritu de consagración, valor y confianza en Dios, son objetivos tan importantes que ponemos todos los demás asuntos en un segundo plano. Si un estudiante aprende mil cosas, pero no puede predicar el evangelio de manera aceptable, su curso en el colegio habrá perdido el verdadero propósito. Si el interés por premios literarios y la ambición de obtener los honores clásicos ocupan su mente de tal forma que desvían su atención de la obra de su vida, entonces estos se convierten en peligros en lugar de beneficios. Ser sabio para ganar almas es la sabiduría que los ministros deben poseer.

En la Universidad de Pastores se sostienen y enseñan doctrinas definidas. Sostenemos las doctrinas de la gracia y de la antigua fe ortodoxa, y no compartimos las innumerables novedades teológicas de nuestros días, que son novedades solo en su forma externa (en esencia, son repeticiones de errores muy antiguos). Nuestra posición en asuntos doctrinales es bien conocida, y no profesamos tolerancia caritativa hacia doctrinas erradas; sin embargo, no ponemos reparo a las personas sinceras que se unen a nuestro estándar, al creer que solo en la verdad pueden encontrar la libertad verdadera.

EL COLEGIO DE PASTORES

El sustento de el colegio proviene de las ofrendas voluntarias del pueblo del Señor. No tenemos una lista de donantes, aunque muchos amigos nos envían ayuda de manera regular. Nuestra confianza es que Dios proveerá todas nuestras necesidades, y siempre lo ha hecho. El presidente jamás ha extraído un centavo de la obra para sí mismo en forma alguna; por el contrario, se deleita en dar a la obra todo lo que puede, tanto en dinero como en servicio. Por lo tanto, con más confianza apela a otros para que le ayuden a mantener la institución.

Ninguna obra puede conferir mayor beneficio a la humanidad que la capacitación de los ministros que Dios ha escogido, pues a partir de ellos surgen iglesias, escuelas y todos los organismos de la religión y la filantropía. De la misma forma que se nos ordena orar por los obreros en la mies del Señor, también estamos obligados a probar la honestidad de nuestras oraciones mediante nuestras acciones. Se necesitan por lo menos 100 libras cada semana para continuar con el trabajo.

Introducción y apología



En respuesta a muchas peticiones de aquellos ministros que en sus días de estudiante escucharon mis lecciones, yo publico una selección de estas. Sin embargo, no puedo prescindir de una apología, ya que estos discursos no estaban diseñados originalmente para ser publicados, y apenas son presentables para la crítica.

Mis lecciones en el colegio son coloquiales, familiares, anecdóticas y a menudo humorísticas; y esto es a propósito, para que se adapten a la ocasión. Al final de la semana me reúno con los estudiantes y los encuentro agotados a causa de sus estudios, y creo que lo mejor es presentarme en mis lecciones lo más alegre e interesante que pueda. Ya ellos están hartos de los clásicos, las matemáticas y la divinidad, y solo están en condiciones de recibir algo que atraiga y mantenga su atención y encienda sus corazones. Nuestro tutor reverendo, el Sr. Rogers, compara mi trabajo de los viernes con aguzar el alfiler: la

conformación de la cabeza, el enderezamiento, la colocación del metal y el pulido se han realizado durante la semana, y luego el proceso concluye con un esfuerzo para dar punta y filo. Para tener éxito en esto el conferencista no debe ser aburrido, ni exigir un gran esfuerzo por parte de su audiencia.

Me siento tan cómodo con mis jóvenes hermanos como con mi propia familia, y por lo tanto hablo sin restricciones. Las mentes generosas tendrán esto en cuenta al leer estas lecciones, y espero que todos los que me favorezcan con sus críticas también consideren este enfoque.

Quizá se hagan comentarios mordaces sobre mis frecuentes referencias a mí persona, mis métodos de procedimiento y mis reminiscencias personales. Estas también fueron intencionales. He dado deliberadamente un matiz casi autobiográfico a la obra, porque mi propia experiencia, tal cual es, constituye la contribución más original que puedo ofrecer, y con mis propios alumnos, esta tiene tanto peso como cualquier otra a mi alcance. Me hubiera sido imposible citar las experiencias de otros hombres si no hubieran sido lo suficientemente valientes como para plasmarlas; y al escribir las mías, hago un intento sincero de reconocer mi deuda con mis grandes predecesores. El determinar si esto parte del egoísmo o no, lo decidirá cada lector según la dulzura o la acidez de su propia disposición. Un padre es justificado cuando cuenta a sus hijos su historia de vida y encuentra que es la manera más fácil de hacer cumplir sus máximas. Pido que la licencia que se le extiende a estos padres pueda extenderseme en esta ocasión.

INTRODUCCIÓN Y APOLOGÍA

Me habría ahorrado mucho trabajo si hubiera reservado estas lecciones para volver a impartirlas a nuevos grupos de estudiantes de primer año, y no tengo conciencia de ningún motivo para imprimirlas que no sea desear mantener vivos mis consejos en los recuerdos de aquellos que los escucharon hace años, e inculcarlos en otros que viven más allá de los recintos de nuestra aula. Esta era se ha vuelto intensamente práctica y necesita un ministerio no solo ortodoxo y espiritual, sino también natural en su exposición y con sagacidad práctica. El formalismo está enfermo de muerte; la vida es la verdadera heredera del éxito, y está llegando a su herencia. La gesticulación, las pomposidades y los cánones sociales, que una vez fueron tan efectivos en el mundo religioso, se están volviendo tan obsoletos ante los ojos de los hombres como los dioses del alto Olimpo, ante quienes en épocas pasadas los poetas afinaban sus liras y los escultores convertían con rapidez el mármol en belleza. La verdad y la vida han de vencer, y su victoria está más cercana cuando cesan de ser estorbadas con las mortajas del convencionalismo y la hipocresía. Es delicioso poner el pie a través del listón y el yeso de viejos afectos, para dar espacio a las paredes de granito de la realidad. Este ha sido un objetivo principal en mi caso, y Dios permita que este esfuerzo sea exitoso.

La obra solemne de la que el ministerio cristiano se ocupa exige todo de un hombre; y ese todo ha de ser lo mejor. Involucrarse a medias es un insulto a Dios y al hombre. El sueño debe abandonar nuestros párpados antes de que los hombres perezcan. Sin embargo, todos somos propensos a dormir, al

igual que los demás, y los estudiantes, entre los demás, son capaces de hacer el papel de los ingenuos. Por lo tanto, he tratado de poner al desnudo toda mi alma, con la esperanza de no crear o fomentar entontecimiento en los demás. Que Él, en cuya mano están las iglesias y sus pastores, bendiga estas palabras a los hermanos más jóvenes en el ministerio, y si así sucede, lo consideraré más que una recompensa completa, y alabaré con gratitud al Señor.

En caso de que esta publicación tenga éxito, espero muy pronto publicar, de forma similar, una obra que contenga un catálogo completo de comentarios, y también una segunda serie de lecciones. Me sentiré agradecido por cualquier ayuda producida por la venta, porque el precio no es lucrativo, y las personas interesadas en nuestros temas no son lo bastante numerosas para asegurar una circulación amplia. Por lo tanto, es solo por la ayuda gentil de todos los amigos agradecidos que podré publicar el resto de la serie prevista.

Lección 1

La autovigilancia del ministro



Todo trabajador conoce la necesidad de mantener sus herramientas en buen estado, ya que «Si se embotare el hierro, y su filo no fuere amolado, hay que añadir entonces más fuerza...» (Ecl. 10:10). Si el trabajador pierde el filo de su hacha, sabe que tendrá que emplear más sus energías, o hará un mal trabajo. Miguel Ángel comprendía muy bien la importancia de sus herramientas, pues con sus propias manos siempre fabricaba sus propios pinceles; y con esto nos da una ilustración del Dios de la gracia, quien con especial cuidado moldea para sí a todos los ministros verdaderos. Es cierto que el Señor puede trabajar con el peor tipo de instrumento, como lo hace cuando en ocasiones utiliza predicaciones muy banales

para lograr conversiones. Él puede incluso trabajar sin agentes, como lo hace cuando salva a hombres sin ningún predicador, al aplicar la Palabra directamente por Su Espíritu Santo. Pero no podemos considerar los actos absolutamente soberanos de Dios como regla para nuestras acciones. En Su soberanía, Él puede hacer lo que mejor le plazca, no obstante, debemos actuar como Sus palabras explícitas nos instruyen, y uno de los hechos que es bastante claro es que el Señor por lo general adapta los medios a los fines, de lo cual la lección sencilla es que seremos propensos a lograr más cuando estamos en la mejor condición espiritual. En otras palabras, la mayoría de las veces haremos mejor la obra de nuestro Señor cuando nuestros dones y talentos estén en buen estado, y obtendremos lo peor cuando estos se encuentren en peores condiciones. A continuación planteamos una verdad práctica que nos sirve de guía: cuando el Señor hace excepciones, estas confirman aún más la regla.

En cierto sentido, nosotros somos nuestras propias herramientas, y por lo tanto debemos mantenernos en buen estado. Si quiero predicar el evangelio, solo puedo usar mi propia voz, por lo tanto, debo entrenar mi capacidad oral. Solo puedo pensar con mi propio cerebro, y sentir con mi propio corazón; por lo tanto, tengo que educar mis facultades intelectuales y emocionales. Solo puedo llorar y agonizar por las almas en mi propia naturaleza renovada; por lo tanto, debo poner mi atención para conservar la ternura que hubo en Cristo Jesús. Sería en vano que yo surta mi biblioteca, organice sociedades o planes de proyectos si descuido la cultura de mí mismo, pues los libros, las agencias y los sistemas no son más

que instrumentos de mi llamamiento santo. Mi propio espíritu, alma y cuerpo son mi maquinaria más cercana para el servicio sagrado; mis facultades espirituales y mi vida interior son mi hacha de batalla y mis armas de guerra. M'Cheyne, al escribir a un amigo del ministerio que viajaba con el fin de perfeccionarse en la lengua alemana, usó un lenguaje idéntico al nuestro: «Sé que estudiarás con esmero el alemán, pero no olvides la cultura del hombre interior; me refiero al corazón. Con cuánta diligencia el oficial de caballería mantiene su sable limpio y afilado, con el mayor cuidado lo frota hasta quitar cada mancha. Recuerda que tú eres la espada de Dios, Su instrumento; y yo confío que eres un vaso elegido por Él para llevar Su nombre. El éxito dependerá, en gran medida, de la pureza y perfección del instrumento. Dios no bendice tanto los grandes talentos como la semejanza con Jesús. Un ministro santo es un arma impresionante en la mano de Dios».

Para el heraldo del evangelio la calamidad más grave —tanto para él como para su labor— es estar espiritualmente dañado. Y sin embargo, mis hermanos, ¡con qué facilidad sucede este mal, y cuán vigilantes debemos estar para que no ocurra! Mientras viajaba un día por expreso desde Perth hasta Edimburgo, nos detuvimos de repente en seco, porque se había roto un tornillo muy pequeño en uno de los motores (cada locomotora constaba prácticamente de dos motores). Cuando comenzamos de nuevo nos vimos obligados a avanzar lentamente, pues en lugar de dos bielas solo una funcionaba. Faltaba un pequeño tornillo; ¡si el tren hubiera estado en buenas condiciones, se habría desplazado rápidamente por su camino de hierro! Pero la ausencia de esa

insignificante pieza de hierro lo desajustó todo. Se dice que la presencia de moscas en los depósitos de engrase de las ruedas del vagón detuvo un tren en uno de los ferrocarriles de Estados Unidos. La analogía es perfecta: un hombre apto para ser útil en todos los demás aspectos, puede ser extremadamente estorbado por algún defecto pequeño, o incluso totalmente inutilizado.

Tal resultado se agrava al estar asociado con el evangelio, que en el sentido más elevado se adecúa para producir los resultados más grandiosos. Es algo terrible cuando el bálsamo curativo pierde su eficacia por la ineptitud del que lo administra. Todos ustedes conocen los efectos dañinos que se producen frecuentemente en el agua cuando fluye a través de tuberías de plomo; de igual modo, el evangelio mismo, al fluir a través de hombres espiritualmente insalubres, puede degradarse hasta volverse perjudicial para sus oyentes. Es de temer que la doctrina calvinista se convierta en una enseñanza muy mala cuando hombres de vidas impías la presentan, y la exhiben como si fuera un disfraz para el libertinaje. Y por otro lado, el arminianismo, con su amplio abanico de oferta de misericordia, puede causar el mayor daño a las almas de los hombres, si el tono descuidado del predicador lleva a sus oyentes a creer que pueden arrepentirse cuando les plazca, y que por lo tanto, no hay urgencia en cuanto al mensaje del evangelio. Además, cuando la gracia de un predicador es pobre, por lo general cualquier bien duradero que pueda ser el resultado de su ministerio será débil y completamente desproporcionado con respecto a lo que se podría haber esperado. A mucha siembra seguirá poca cosecha; el interés por

los talentos será extremadamente pequeño. Podemos perder de vista nuestra meta, perder nuestro fin y objetivo, y malgastar nuestro tiempo, y todo por no poseer la verdadera fuerza vital dentro de nosotros mismos, o no poseerla de tal manera en la que Dios podría bendecirnos constantemente. Cuidado con los predicadores «de pacotilla».

Una de nuestras primeras preocupaciones es que nosotros mismos seamos salvos. Que un maestro del evangelio sea primero partícipe de él es una verdad simple, pero al mismo tiempo una regla de la mayor importancia. No estamos entre los que aceptan la sucesión apostólica de los jóvenes simplemente porque ellos la asumen. Si su experiencia en el colegio ha sido más vivaz que espiritual, si sus honores se han relacionado más con prácticas atléticas que con obras para Cristo, nosotros exigimos evidencias que son de una clase diferente a las que ellos pueden presentarnos. No hay una cantidad de honorarios pagados a doctores eruditos o de clásicos recibidos a cambio que nos parezca ser evidencia de un llamado de lo alto. Como primer requisito indispensable se necesita la piedad verdadera y genuina. Independientemente del «llamado» que un hombre pretenda tener, si no ha sido llamado a la santidad, en verdad no ha sido llamado al ministerio. «En primer lugar arréglate a ti mismo, y luego adorna a tu hermano», plantean los grandes teólogos. Gregory, afirma: «La mano que intenta limpiar la otra, no debe estar sucia». Si tu sal es insípida, ¿cómo puedes tú sazonar a otros?

La conversión es una condición indispensable en un ministro. Ustedes, aspirantes a nuestros púlpitos: «... Os es

necesario nacer de nuevo» (Juan 3:7). Poseer este primer requisito no debe darse por sentado para ningún hombre, ya que existe una gran posibilidad de que nos equivoquemos en cuanto a si estamos convertidos o no. Créanme el llamado que dice, «procurad hacer firme vuestra vocación y elección» (2 Ped. 1:10), no es un juego. El mundo está lleno de farsantes y plagado de los que se complacen en su arrogancia carnal, que se reúnen alrededor de un ministro como buitres alrededor de un cadáver. Nuestros propios corazones son engañosos, de modo que la verdad no está en la superficie, sino que debe ser extraída desde el más profundo pozo. Debemos escudriñarnos con ansiedad y muy a fondo, para que de ninguna manera después de haber predicado a otros, vengamos a ser desechados nosotros mismos. ¡Qué horrible ser predicador del evangelio y sin embargo no estar convertido!

Que cada hombre aquí susurre a lo más profundo de su alma: «¡Qué cosa tan espantosa será para mí si ignoro el poder de la verdad para cuya proclamación me estoy preparando!». El ministerio inconverso implica las relaciones más antinaturales. Un pastor sin gracia es un ciego elegido para ser profesor de óptica, que filosofa sobre la luz y la visión, que diserta y distingue para otros tonos agradables y mezclas delicadas de colores, ¡mientras él mismo está en absoluta oscuridad! ¡Es un mudo ascendido a profesor de música; un sordo con un buen dominio de sinfonías y armonías! Es un topo que pretende enseñar a las águilas; un molusco elegido para presidir ángeles. A esta relación se podrían aplicar las metáforas más absurdas y grotescas, a no ser porque el tema es demasiado solemne. Es una posición

terrible para un hombre, puesto que ha emprendido una obra para la cual está total y completamente descalificado, pero de cuyas responsabilidades, esta incapacidad no lo eximirá, porque él incurrió en ellas de forma intencionada. Cualesquiera que sean sus dones naturales, cualesquiera que sean sus facultades mentales, si no tiene vida espiritual, él está completamente descalificado para la obra espiritual; y su deber es cesar su labor ministerial hasta que haya recibido esta primera y más simple calificación para realizarla.

El ministerio inconverso ha de ser igualmente terrible en otro aspecto. Si el hombre no ha sido comisionado, ¡qué posición tan desdichada ocupa! ¿Qué puede ver en la experiencia de su gente que le dé consuelo? ¿Cómo se sentirá cuando oiga los clamores de los penitentes, o escuche sus ansiosas dudas y solemnes temores? ¡Ha de estar asombrado de pensar que sus palabras puedan satisfacer esa necesidad! La palabra de un hombre inconverso puede ser bendecida para la conversión de las almas, ya que el Señor, a pesar de repudiar al hombre, seguirá honrando Su propia verdad. ¡Qué perplejo debe quedarse ese hombre cuando se lo consulta sobre las dificultades de cristianos maduros! En la senda de la experiencia, por la que sus propios oyentes regenerados son conducidos, él debe sentirse absolutamente perdido. ¿Cómo puede escuchar sus alegrías en el lecho de muerte, o unirse a sus extasiadas congregaciones alrededor de la mesa de su Señor?

En muchos casos, los hombres jóvenes, sometidos a un oficio que no pueden soportar, han tirado la toalla antes que seguir en un negocio que les resulta fastidiosa; pero ¿dónde huirá ese

hombre que es aprendiz de por vida en este llamamiento santo, y sin embargo es completamente ajeno al poder de la piedad? ¿Cómo puede cada día intentar que los hombres se acerquen a Cristo, mientras él mismo es ajeno a su amor moribundo? Oh señores, seguramente esto debe ser una esclavitud perpetua. Tal hombre debe odiar ver un púlpito tanto como un esclavo de galeras odia ver el remo.

Y cuán inservible debe ser este hombre. ¡Tiene que guiar a los viajeros por un camino que nunca ha pisado, navegar en un buque a lo largo de una costa cuyos linderos no conoce! Está llamado a instruir a otros, siendo él mismo un necio. Qué puede ser sino una nube sin lluvia, un árbol con hojas solamente. Como cuando la caravana en el desierto, sedienta y lista para morir bajo el sol, llega al muy deseado pozo, y ¡qué horror! lo encuentra sin una gota de agua. Así sucede cuando las almas con sed de Dios llegan a un ministerio sin gracia; están listas para perecer porque allí no encuentran el agua de la vida. Es mejor quitar los pulpitos, que llenarlos de hombres que no tienen conocimiento experiencial de lo que enseñan.

¡Ay! El pastor no regenerado se vuelve terriblemente engañoso. De todas las causas que producen infidelidad, los ministros impíos deben ser clasificados entre los primeros. El otro día leí que ninguna forma del mal presentaba un poder tan maravilloso de destrucción como el ministro inconverso de una parroquia, con un órgano de 1200 libras, un coro de cantantes impíos y una congregación aristocrática. El escritor opinaba que no podía haber mayor instrumento de condenación fuera del infierno que ese. Las personas van a su lugar de culto y

se sientan cómodamente, y piensan que deben ser cristianas, cuando todo el tiempo su religión consiste en escuchar a un orador, que la música acaricie sus oídos y tal vez que sus ojos se diviertan con acciones agraciadas y modales actuales, lo cual en conjunto no es mejor que lo que oyen y ven en la ópera; quizás no tan bueno desde la perspectiva de la belleza estética; y ni una pizca más espiritual. Miles se están felicitando a sí mismos, e incluso bendicen a Dios por ser adoradores devotos, cuando al mismo tiempo viven en un estado no regenerado sin Cristo, con apariencia de piedad, pero negando su eficacia.

El que preside un sistema que no apunta a nada más alto que el formalismo, es mucho más un siervo del diablo que un ministro de Dios. Un predicador formal es engañoso mientras preserva su equilibrio exterior, pero sin el equilibrio conservador de la piedad, tarde o temprano su carácter moral irá en picada, y ¡en qué posición terminará al final! ¡Cómo es blasfemado Dios, y el evangelio injuriado! ¡Es terrible considerar la muerte que aguarda a tal hombre y cuál debe ser su condición eterna! El profeta describe al rey de Babilonia descendiendo al infierno y a todos los reyes y príncipes que él había destruido, y cuyas capitales había asolado, levantándose de sus sillas con gran algarabía y saludando al tirano caído con mordaz sarcasmo: «¿Llegaste a ser como nosotros?». También podemos concebir a un hombre que ha sido ministro, pero que ha vivido sin Cristo en su corazón, yendo al infierno, y todos los espíritus encarcelados que solían oírle, y todos los impíos de su parroquia que se levantan y le dicen en tono hiriente: «¿Llegaste a ser como nosotros? Médico, ¿no te has curado? ¿Eres tú el que

afirmaba ser una luz brillante quien es echado en la oscuridad para siempre?». ¡Oh! ¡Si uno se pierde, que no sea así! Perderse bajo la sombra de un púlpito es terrible, pero mucho más es perecer desde el púlpito mismo.

Hay un pasaje horrible en el tratado de John Bunyan titulado *Sighs from Hell* [Suspiros desde el infierno], que a menudo resuena en mis oídos: «¿Cuántos sacerdotes ciegos, por su ignorancia, han sido el medio de destrucción de muchas almas? Su predicación no fue mejor para sus almas que el arsénico para el cuerpo. Es de temer que muchos de ellos han de responder por ciudades enteras. ¡Ah! Amigo, te digo, tú que has asumido predicar a la gente, puede ser que hayas asumido algo que no sabes qué es. ¿No te entristecerá ver que tu parroquia entera llega rugiendo después de un tiempo al infierno, y clamando: “Esto te lo agradecemos a ti; tuviste miedo de advertirnos sobre nuestros pecados, por miedo a que dejáramos de poner alimento en tu boca?”. Maldito miserable, ¿no fue suficiente que, siendo un, guía ciego como lo fuiste, cayeras en el foso tú solo, sino que también nos has traído aquí contigo?».

Richard Baxter, en su libro *Pastor renovado*, entre muchos otros temas solemnes, escribe lo siguiente:

Tengan cuidado de no estar desprovistos de la gracia salvadora de Dios que ofrecen a los demás y de no estar ajenos a la obra eficaz del evangelio que predicán, no sea que mientras proclaman la necesidad de un Salvador al mundo, lo descuiden a Él en sus corazones, y pierdan el interés en Él, y en los beneficios de la salvación. Tengan

cuidado, no sea que perezcan mientras alertan a otros a tener cuidado de perecer, y que no mueran de hambre mientras preparan el alimento de otros.

Aunque hay una promesa de brillar como estrellas para aquellos que enseñan la justicia a la multitud (Dan. 12:3), esto es solo bajo el supuesto de que ellos primero aprendan justicia. Tales promesas se hacen *casteris paribus, et suppositis supponendis* [cumpliéndose todos los demás requisitos necesarios, suponiendo lo que hay que suponer]. Su propia sinceridad en la fe es sencillamente la condición de su gloria, aunque sus grandes labores ministeriales pueden ser una condición para la promesa de recibir mayor gloria. Muchos hombres han advertido a otros que no vayan a ese lugar de tormento, hacia el cual ellos mismos se apresuran. Muchos predicadores están ahora en el infierno, lugar sobre el cual ellos alertaron cientos de veces a sus oyentes en cuanto a ser sumamente cuidadosos y diligentes para escapar de él.

¿Puede una persona razonable imaginar que Dios debe salvar a los hombres por ofrecer la salvación a otros, mientras que ellos mismos la rechazaron, y por contarles a otros las verdades que ellos mismos descuidaron y mal usaron? Muchos sastres andan en harapos mientras confeccionan ropas costosas para otros, y muchos cocineros apenas se lamen los dedos cuando han preparado para otros los platos más caros.

Créanme, hermanos: Dios nunca salvó a ningún hombre por ser predicador, ni porque haya sido un predicador

capaz, sino porque era un hombre justificado y santificado y, por consiguiente, fiel en la obra de su Maestro. Por lo tanto, tengan cuidado primero de ustedes mismos, para que sean lo que persuaden a otros que sean, y crean en lo que persuaden a otros a creer todos los días, y que acojan de corazón a ese Cristo y al Espíritu que ofrecen a los demás. El que les ha dicho que amen a sus prójimos como a ustedes mismos, quiso decir que ustedes mismos deben amarse y no odiarse, ni destruirse a sí mismos y a ellos.

Mis hermanos, permitan que estas importantes sentencias produzcan el efecto debido en ustedes. Ciertamente no hay necesidad de agregar más, pero permítanme orar para que ustedes se examinen a sí mismos, y así aprovechen lo que se les ha transmitido.

Una vez que ha quedado establecida esta primera cuestión de la religión verdadera, tenemos como siguiente aspecto de importancia para el ministro que su piedad sea vigorosa. No debe contentarse con ser igual al cristiano común; debe ser un creyente maduro y desarrollado, pues el ministerio de Cristo ha sido llamado con razón «la elección suprema de su elección, una iglesia escogida de la iglesia». Si fuere llamado a una posición ordinaria, y para una labor común, la gracia común tal vez podría satisfacerle, aunque aun así sería una satisfacción indolente. Pero al ser escogido para labores extraordinarias y llamado a un lugar de peligro inusual, él debería desear con ansias poseer esa fuerza superior que por sí sola es adecuada para su tarea. Su pulso de piedad vital debe latir fuerte y regularmente; sus ojos de fe deben

ser brillantes; su pie de resolución debe ser firme; su mano de actividad debe ser rápida; todo su hombre interior debe estar en el más alto grado de cordura.

Se dice de los egipcios que escogían a sus sacerdotes de entre los más sabios de sus filósofos, y entonces los tenían en tan alta estima que de entre ellos seleccionaban a sus reyes. Necesitamos que los ministros de Dios sean la cúspide de todo el ejército cristiano, hombres tales que si la nación quisiera reyes no podría hacer nada mejor que elevarlos al trono. Nuestros hombres más débiles, más tímidos, más carnales y más desequilibrados no son candidatos adecuados para el púlpito. Hay algunas obras que nunca deberíamos asignar al inválido o al que posee mal formaciones. Un hombre puede no estar calificado para escalar edificios elevados, su cerebro puede ser demasiado débil, y el trabajo en las alturas podría ponerlo en gran peligro. Por todos los medios procura que se quede en el suelo y búscale una ocupación útil donde un cerebro estable no sea tan importante. Hay hermanos que tienen deficiencias espirituales semejantes: no pueden ser llamados al servicio visible y elevado, porque sus cabezas son demasiado débiles. Si se les permitiera un poco de éxito, quedarían embriagados de vanidad, un vicio muy común entre los ministros, y de todas las cosas la menos apropiada en ellos, y la que con mas certeza les asegura una caída.

Si como nación fuésemos llamados a defender nuestros hogares, no deberíamos enviar a nuestros niños y niñas con espadas y armas para enfrentar al enemigo. Tampoco debe la iglesia enviar a cada principiante desenvuelto o fanático

inexperto para defender la fe. El temor del Señor debe enseñar al joven sabiduría, o estará excluido del pastorado; la gracia de Dios debe madurar su espíritu, o es mejor que se quede atrás hasta que le sea dado poder desde lo alto.

El carácter moral más elevado debe cuidarse con esmero. Hay muchas personas descalificadas para ejercer un cargo en la iglesia, quienes están suficientemente bien como simples miembros. Tengo opiniones muy severas con respecto a los hombres cristianos que han caído en pecados flagrantes. Yo me alegro de que puedan ser verdaderamente llamados a comparecer, y puedan ser —con una mezcla de esperanza y cautela— recibidos en la iglesia, pero me pregunto seriamente si un hombre que ha pecado flagrantemente deba ser restaurado al púlpito con prontitud. Como John Angell James declara: «Cuando un predicador de justicia se ha parado en el camino de los pecadores, nunca más debe abrir más sus labios en la gran congregación hasta que su arrepentimiento sea tan notable como su pecado». Que aquellos cuyas barbas fueron afeitadas por los hijos de Ammón se queden en Jericó hasta que sus barbas crezcan. Esto con frecuencia se ha utilizado como una burla a los muchachos sin barba, para quienes es evidentemente inaplicable. Más bien, es una metáfora muy precisa para los hombres deshonorados y sin carácter, sea cual sea su edad. ¡Ay! Una vez la barba de la reputación es cortada, le es difícil crecer otra vez. La inmoralidad flagrante, en la mayoría de los casos, independientemente de lo profundo que sea el arrepentimiento, es una señal fatal de que las gracias ministeriales nunca estuvieron en el carácter del hombre.

La esposa del César debe estar más allá de toda sospecha, y no debe haber malos rumores sobre inconsistencias ministeriales en el pasado, de lo contrario, habrá pocas esperanzas de ser útil. Los hombres que han caído deben ser recibidos en la iglesia como penitentes, y en el ministerio pueden ser recibidos si Dios los pone allí. Mi duda no es esta, sino en cuanto a si Dios alguna vez los puso allí, y mi creencia es que deberíamos ser muy pausados para ayudar a reestablecer en el púlpito a hombres que, una vez probados, han demostrado tener muy poca gracia para soportar la prueba crucial de la vida ministerial.

Para algunas labores solo elegimos a los fuertes, y cuando Dios nos llama al trabajo ministerial, debemos esforzarnos por obtener la gracia para que podamos ser fortalecidos en aptitud para nuestra tarea, y no ser simples novatos arrastrados por las tentaciones de Satanás, lo cual trae daño a la iglesia y nuestra propia ruina. Debemos estar equipados con toda la armadura de Dios, listos para realizar proezas de valor que no se esperan de los demás. Para nosotros la abnegación, el desinterés, la paciencia, la perseverancia y la longanimidad deben ser virtudes cotidianas. ¿Y quién es suficiente para todo esto? Necesitamos vivir muy cerca de Dios si hemos de aprobarnos en nuestra vocación.

Como ministros, ustedes deben recordar que su vida entera, en especial su vida pastoral, se verá afectada por el vigor de su piedad. Si tu celo se opaca, no orarás bien en el púlpito, orarás peor en la familia, y peor aún en el tiempo de estudio a solas. Cuando tu alma languidece, tus oyentes, sin saber cómo ni por qué, encontrarán que tus oraciones en público tienen poco

sabor para ellos. Sentirán tu esterilidad, tal vez antes de que tú mismo la percibas. Luego, tus discursos revelarán tu deterioro. Puedes pronunciar palabras bien escogidas y oraciones muy bien ordenadas como antes, pero habrá una pérdida perceptible de fuerza espiritual. Harás fuertes movimientos como en otros tiempos, como lo hizo Sansón, pero notarás que tu gran fortaleza se ha ido. En la comunión diaria con tu gente, estos no tardarán en reconocer el declive total de tus gracias. Los ojos agudos verán cabellos grises aquí y allá mucho antes que tú los notes. Cuando un hombre padece una enfermedad del corazón, muchas dolencias aparecerán relacionadas con esta: el estómago, los pulmones, los intestinos, los músculos y los nervios; todos padecerán. Así mismo, cuando el corazón de un hombre se debilita en las cosas espirituales, muy pronto su vida entera sentirá la influencia mustia.

Además, como resultado de tu propia decadencia, cada uno de tus oyentes sufrirá de una forma u otra. Los más fuertes entre ellos superarán la tendencia deprimente, pero los más débiles se dañarán gravemente. En nuestro caso y el de nuestros oyentes, sucede lo mismo que con los relojes de pulsera y el reloj público: si nuestro reloj está mal, este engañará a muy pocos, pero a nosotros sí. Sin embargo, si la Guardia de Caballos o el Observatorio de Greenwich fallaran, la mitad de Londres se desorientaría respecto a la hora. Así es con el ministro, él es el reloj parroquial, y muchos se fijan en él para saber la hora. Si él está mal, entonces todos tienen problemas, en mayor o menor grado, y es responsable en gran medida de todo el pecado que ocasiona. No podemos ni siquiera pensar en esto, hermanos.

Ni siquiera por un momento nos sentiremos cómodos al considerarlo, y sin embargo hay que hacerlo para que podamos protegernos contra esto.

Debes recordar también que necesitamos una piedad muy vigorosa, porque nuestro peligro es mucho mayor que el de los demás. En general, ningún lugar es tan asediado por la tentación como el ministerio. A pesar de la idea popular de que nos encontramos en un refugio cómodo contra la tentación, no es menos cierto que nuestros peligros son más numerosos y más ensañados que los de los cristianos ordinarios. Es posible que pisemos un terreno ventajoso en cuanto a la altura, pero esa altura es peligrosa, y para muchos el ministerio ha demostrado ser una piedra de tropiezo. Si preguntas cuáles son estas tentaciones, el tiempo nos faltaría para detallarlas, pero entre ellas tenemos las más burdas y las más refinadas. Entre las primeras podemos mencionar tentaciones tales como la falta de moderación en la mesa, las tentaciones de la carne, que son incesantes con los jóvenes solteros en una posición alta entre una multitud de mujeres jóvenes que los admiran, y mil otras trampas. Hay más trampas secretas aparte de estas, de las cuales no es tan fácil escapar. De ellas, la peor es la tentación al ministerialismo, esa tendencia a leer nuestras Biblias como ministros, a orar como ministros, a hacer todo lo concerniente a nuestra religión no de forma personal, sino solo relativamente, preocupados por el ministerio. Perder la personalidad del arrepentimiento y la fe es realmente una gran pérdida. John Owen plantea: «Ningún hombre predica bien su sermón a otros si antes no lo predica a su propio corazón». Hermanos,

es sumamente difícil seguir esto. Nuestra función, en lugar de beneficiar nuestra piedad, como algunos afirman, se convierte en uno de sus obstáculos más grandes debido a la maldad de nuestra naturaleza; al menos, yo lo encuentro así. ¡Cómo luchamos a brazo partido contra el formalismo, y sin embargo con qué facilidad nos acosa, como una prenda de ropa larga que se enreda en los pies del corredor y le impide realizar su carrera! Queridos hermanos, cuidado con esto y con todas las demás seducciones de su llamamiento, y si hasta ahora lo han hecho, continúen velando hasta la hora final de sus vidas.

Hemos hecho notar uno de tantos peligros, pero en realidad son legiones. El gran enemigo de las almas se encarga de remover cielo y tierra para arruinar al predicador.

«Tengan cuidado de ustedes mismos —plantea Baxter—, porque el tentador lanzará su primer y más agudo ataque sobre ustedes. Si lideran la batalla en su contra, él intentará destruirlos a no ser que Dios lo contenga. Siente por ustedes el máximo odio porque tienen el compromiso de hacerle el máximo daño. Así como él odia a Cristo más que a cualquiera de nosotros, porque Cristo es el General del campo, y el “Capitán de nuestra salvación”, y hace más que todo el resto del mundo contra el reino de las tinieblas, también reconoce a los líderes bajo Su mando más que a los soldados comunes, en la misma medida y proporción. Él sabe la destrucción que puede causar entre los demás si los líderes caen ante sus ojos. Durante mucho tiempo ha probado esa manera de combatir, “ni con pequeños ni

grandes”, relativamente, sino con estos líderes, y de “herir a los pastores para dispersar el rebaño”. Y tan grande ha sido su éxito de esta manera, que él continuará haciéndolo hasta donde pueda. Por lo tanto, hermanos, tengan cuidado pues el enemigo tiene un ojo especial para ustedes. Experimentarán sus insinuaciones más sutiles, sus incesantes propuestas y sus asaltos violentos. Por muy sabios y doctos que sean, tengan cuidado de ustedes mismos, para que no los engañe. El diablo es un erudito más grande que tú, y un contendiente más ágil; él puede “transformarse en ángel de luz” para engañar; él se acercará ti y te pondrá una zancadilla antes que te des cuenta; él jugará al malabarista contigo cuando estés desapercibido, y te engañará respecto a tu fe o inocencia, y no sabrás que la has perdido. De hecho, te hará creer que esta se multiplica o aumenta, ¡cuando en realidad se ha perdido! Tú no verás ni el anzuelo ni la cuerda, mucho menos al sutil pescador mientras te ofrece su cebo. Y sus cebos habrán de ajustarse a tu temperamento y disposición, para asegurarse de encontrar ventajas en tu interior, y hacer que tus mismos principios e inclinaciones te traicionen. Y cuando te arruine, te hará el instrumento de tu propia ruina. ¡Oh, qué victoria creará que ha conseguido, si puede hacer que un ministro sea perezoso e infiel; si puede tentar a un ministro a caer en avaricia o en escándalo! Él se gloriará contra la iglesia, y dirá: “Estos son tus santos predicadores; vean cuál es su cabalidad y dónde los llevará”. Se gloriará contra el mismo Jesucristo y dirá: “Estos son tus defensores. Puedo hacer que tus mejores siervos te

injurien; puedo hacer que los mayordomos de tu casa sean infieles”. Si él llegó a proferir insultos contra Dios sobre la base de una falsa conjetura, y afirmó que podría hacer que Job le maldijera en Su rostro (Job 1:12), ¿qué haría él si de hecho prevaleciera contra nosotros? Y por último te insultará en gran medida porque logró que fallaras a tu gran encomienda, que mancharas tu santa profesión y que sirvieras de esta manera a tu enemigo. No satisfagas a Satanás; no le permitas reírse a costa tuya. No permitas que te use como los filisteos a Sansón; primero para privarte de tus fuerzas y luego para quitarte los ojos y para hacerte el centro de su triunfo y burla».

Reiteramos una vez más: debemos cultivar el grado más alto de piedad porque nuestro trabajo lo requiere. La obra del ministerio cristiano se realiza en proporción exacta al vigor de nuestra naturaleza renovada. Nuestro trabajo solo se hace bien cuando estamos bien con nosotros mismos. Como es el obrero, tal será la obra. Enfrentar a los enemigos de la verdad, defender los baluartes de la fe, gobernar bien la casa de Dios, consolar a todos los que lloran, edificar a los santos, guiar a los confundidos, ganar y alimentar a las almas; estas y otras innumerables obras no son para la mente débil, sino que están reservadas para aquellos a quienes el Señor ha hecho fuertes para sí mismo. Busquen entonces fortaleza en el Fuerte, sabiduría en el Sabio, de hecho, todo en el Dios de todos.

El ministro también ha de tener cuidado de que su carácter personal sea coherente con cada aspecto de su ministerio. Todos

hemos oído la historia del hombre que predicaba tan bien y vivía tan mal, que cuando subía al púlpito todo el mundo decía que nunca debía volver a bajar, y cuando estaba fuera de este, todos expresaban que nunca debía volver a subir. Que el Señor nos libre de imitar a este hombre. Que nunca seamos sacerdotes de Dios en el altar, e hijos de Belial fuera de la puerta del tabernáculo. Al contrario, que seamos, como expresaba Nazianceno de Basilio: «Trueno en nuestra doctrina y relámpago en nuestro comportamiento». No confiamos en las personas que tienen dos caras, como tampoco los hombres creen en aquellos cuyos testimonios verbales y prácticos son contradictorios. Ya que las acciones —según el proverbio— hablan más fuerte que las palabras, una vida enferma ahogará sin lugar a dudas la voz del ministerio más elocuente. Después de todo, es con nuestras manos que debemos levantar nuestro edificio más verdadero; nuestro carácter debe ser más persuasivo que nuestros discursos.

Aquí no solo te advertiría sobre los pecados de comisión, sino también sobre los pecados de omisión. Demasiados predicadores se olvidan de servir a Dios cuando están fuera del púlpito; sus vidas son tristemente inconsecuentes. Aborrezcan, queridos hermanos, la idea de ser ministros que funcionan como un reloj, que no están vivos por la gracia que mora en su interior, sino que las influencias temporales son las que les dan cuerda; hombres que son ministros por etapas, bajo el estrés del momento de ministrar, pero cesan su ministerio cuando descenden las escaleras del púlpito. Los verdaderos ministros siempre son ministros. Demasiados predicadores son como esos juguetes de arena que compramos para nuestros hijos; cuando

colocas la caja boca abajo, el pequeño acróbata gira y gira hasta que la arena se agota por completo, y luego el muñeco se queda inmóvil. Asimismo, hay quienes perseveran en los ministerios de la verdad mientras exista una necesidad oficial para su labor, pero después de eso no hay paga ni salario ni sermón.

Es una cosa horrible ser un ministro inconsecuente. Se dice que nuestro Señor fue como Moisés por esta razón, pues Él «... fue varón profeta, poderoso en obra y en palabra...» (Luc. 24:19). El hombre de Dios debe imitar a su Maestro en esto: debe ser poderoso en la palabra de su doctrina y en las obras de su ejemplo, y más poderoso, si es posible, en lo segundo. Es notable que la única historia de la Iglesia que tenemos es *Los Hechos de los Apóstoles*. El Espíritu Santo no conservó sus sermones. Fueron muy buenos, considerablemente mejores que los nuestros, pero el Espíritu Santo solo dejó plasmado sus «hechos». No tenemos libros de las resoluciones de los apóstoles. Cuando llevamos a cabo nuestras reuniones de la iglesia, dejamos registro de nuestras actas y resoluciones, pero el Espíritu Santo solo plasma los «hechos». Nuestros hechos deben ser tales como para ser registrados, porque ciertamente lo serán. Debemos vivir bajo la mirada más cercana de Dios, y como en el resplandor del gran día cuando todo será revelado.

La santidad en un ministro es a la vez su necesidad principal y su mejor ornamento. La mera excelencia moral no es suficiente; debe haber una virtud superior, un carácter consecuente, ungido con el sagrado aceite de la consagración, o de lo contrario faltará aquello que nos hace más fragantes ante Dios y el hombre. El anciano John Stoughton, en su tratado

titulado *Dignidad y deber del predicador*, insiste en la santidad del ministro mediante frases llenas de gran importancia:

Si Uza tuvo que morir por tocar el arca de Dios —y fue para sostenerla cuando estaba a punto de caer—, si los hombres de Bet-semes perecieron por mirar su interior, si las mismas bestias que se acercaban al santo monte corrían peligro de muerte, entonces, ¿qué clase de personas deben ser admitidas para hablar con Dios de forma familiar, para «estar ante Él», como los ángeles, y «mirar Su rostro continuamente», «llevar el arca sobre sus hombros», «llevar su nombre delante de los gentiles», en una palabra, para ser sus embajadores? «La santidad conviene a tu casa, oh Jehová»; ¿y no sería ridículo imaginar que los vasos debían ser santos, los vestidos debían ser santos, todo debía ser santo, pero que solamente aquel sobre cuyas mismas vestiduras debía escribirse «Santidad a Jehová», pudiera ser profano? ¿Que las campanas de los caballos tuvieran una inscripción de santidad en ellas, y que Zacarías, y las campanas de los santos, las campanas de Aarón, no estuvieran consagradas? No, ellos deben ser «luces encendidas y brillantes», de lo contrario su influencia será mala. Deben «rumiar el alimento y tener pezuña hendida», de lo contrario serán inmundos; deben «usar bien la palabra de verdad», caminar de forma íntegra en su vida, y unificar así la vida y el aprendizaje. Si falta la santidad, los embajadores deshonran el país de donde provienen, y al príncipe que los envió; y este Amasa muerto, esta

doctrina muerta no vivificada con una vida correcta, echada en el camino, impide que el pueblo del Señor continúe marchando de forma entusiasta en su batalla espiritual.

La vida del predicador debe ser un imán para atraer a los hombres a Cristo, y es realmente triste cuando los aleja de Él. La santidad en los ministros es un llamamiento a viva voz a los pecadores para que se arrepientan, y cuando esta hace alianza con un entusiasmo santo, se vuelve maravillosamente atractiva. Jeremy Taylor en su enriquecido lenguaje nos plantea:

Las palomas de Herodes nunca podrían haber invitado a tantas otras peregrinas a sus palomares, si no les hubieran colocado unguento; pero Didymus expresó: «Haz que tus palomas posean un aroma dulce, y estas atraerán a bandadas enteras». Y si tu vida es excelente, si tus virtudes son como un unguento precioso, pronto invitarás a aquellos a tu cargo a correr en *odorem unguentorum*, [tras tu preciado aroma]. Pero debes ser excelente, no *tanquam unus de populo*, sino *tanguam homo Dei*; debes ser un hombre de Dios, no según el modo común de los hombres, sino «según el corazón de Dios». Los hombres se esforzarán por ser como tú, si tú te esfuerzas en ser como Dios; pero cuando solo te quedas en las puertas de la virtud, con el único objetivo de mantener el pecado fuera, atraerás al redil de Cristo a las personas cuyo temor las lleva a entrar. *Ad majorem Dei gloriam* [hacer lo que más gloria da a Dios], esa es la senda por la que debes caminar; pues no hacer más de lo que los hombres comunes deben hacer es servilismo, no tanto como el afecto

de los hijos, mucho menos podrán ustedes ser padres para el pueblo, cuando no van más lejos que los hijos de Dios. Un farol oscuro, aunque tenga un débil brillo en un lado, apenas te iluminará, mucho menos dirigirá a una multitud, ni atraerá a muchos seguidores por el brillo de su llama.

Muy pintoresco también es el lenguaje de Thomas Playfere en su *Say Well, Do Well* [Habla bien, actúa bien]:

Había un actor ridículo en la ciudad de Esmirna, quien al pronunciar «¡*O coelum!* ¡Oh cielo!», apuntó con el dedo hacia el suelo. Cuando Polemo, el hombre más grande del lugar, vio eso no pudo soportar permanecer más tiempo, y se alejó del grupo muy irritado diciendo: «Este tonto ha cometido un error garrafal con su mano; ha hablado latín falso con el dedo». Y tales son los que enseñan bien y hacen mal, que independientemente de tener el cielo en la punta de su lengua, tienen la tierra en el extremo de su dedo. Los tales no solo hablan falso latín con su lengua, sino falsa divinidad con sus manos; esos que no viven lo que predicán. Pero si ellos no enmiendan su camino, el que se sienta en el cielo se reirá de ellos y los despreciará, y los sacará del escenario con un silbido.

Incluso en cosas pequeñas el ministro debe tener cuidado de que su vida sea consecuente con su ministerio. Debe prestar un cuidado especial de cumplir con su palabra. Esto debe ser observado hasta la escrupulosidad. Aquí todo cuidado es poco. La verdad no solo debe estar en nosotros, tiene que brillar desde nosotros. Un célebre doctor en divinidad de Londres, que ahora

está en el cielo, no tengo duda alguna (un hombre excelente y piadoso), informó un domingo que tenía la intención de visitar a toda su congregación y expresó que para poder arreglárselas y visitarlos a ellos y a sus familias una vez en el año, él seguiría el orden que ellos ocupaban en los asientos. Una persona a quien conozco muy bien, que en aquel entonces era un hombre pobre, estuvo encantado con la idea de que el ministro iría a su casa a verlo, y alrededor de una semana o dos antes de que fuera su turno, su esposa tuvo mucho cuidado de barrer el hogar y mantenerlo en orden, y el hombre corría a casa temprano del trabajo, con la esperanza de que cada noche encontraría al doctor allí.

Esto ocurrió durante un largo tiempo. O bien el doctor olvidó su promesa, o se cansó de llevarla a cabo, o por alguna otra razón nunca fue a la casa de este pobre hombre. Como resultado el hombre perdió la confianza en todos los predicadores y expresó: «Cuidan a los ricos, pero no se preocupan por nosotros los pobres». Por muchos años, nunca se estableció en un lugar de culto, hasta que por fin llegó a Exeter Hall y permaneció como oyente de mis predicaciones durante años, hasta que Dios lo llevó a Su presencia. No fue tarea fácil hacerle creer que un ministro puede ser un hombre honrado, y que puede amar imparcialmente tanto a ricos como a pobres. Evitemos hacer tal daño, al ser muy fieles a nuestra palabra.

Debemos recordar que somos ampliamente observados. Es inusual que los hombres se atrevan a violar la ley a la vista de sus semejantes; sin embargo, en tal publicidad nosotros vivimos y nos movemos. Mil ojos de águilas nos observan; actuemos de

tal manera que nunca tengamos que preocuparnos de si todo el cielo, la tierra y el infierno se unen a la lista de espectadores. Nuestra posición pública es de gran beneficio si estamos capacitados para mostrar el fruto del Espíritu en nuestras vidas. Tengan cuidado, hermanos, de no despilfarrar ese beneficio.

Mis queridos hermanos, cuando les decimos: «Cuiden su vida», queremos decir que deben ser cuidadosos incluso con los pequeños detalles de su carácter. Eviten las pequeñas deudas, la falta de puntualidad, los chismes, las pequeñas peleas y todos esos pequeños vicios que llenan de moscas el ungüento. Nosotros no debemos tolerar los excesos que han afectado negativamente la reputación de muchos. Debemos evitar con pudor las familiaridades excesivas que han puesto a otros bajo sospecha. También debemos rechazar la aspereza, la cual ha hecho aborrecibles a algunos; y la insensatez que ha hecho despreciables a otros. No podemos permitirnos correr grandes riesgos por pequeñas cosas. Debemos cuidarnos de actuar siempre según la regla: «No damos a nadie ninguna ocasión de tropiezo, para que nuestro ministerio no sea vituperado» (2 Cor. 6:3).

Con esto no se pretende que tengamos que seguir todos los caprichos o la moda de la sociedad en la que nos movemos. Como regla general, detesto las modas de la sociedad, y aborrezco los convencionalismos, y si yo pensara que lo mejor sería actuar según las leyes de la etiqueta, me sentiría satisfecho al hacerlo. No; somos hombres, no esclavos; y no hemos de renunciar a nuestra libertad varonil para ser los lacayos de aquellos que aparentan buena educación o se jactan de

refinamiento. Sin embargo, hermanos, debemos huir, como lo haríamos de una víbora, de todo lo que se parezca a la vulgaridad, que es semejante al pecado.

Las reglas de Chesterfield son ridículas para nosotros, pero no el ejemplo de Cristo; y Él nunca fue grosero, bajo, descortés o indiscreto. Incluso en sus tiempos de recreación, recuerden que ustedes son ministros. Aun cuando no están en la formación, ustedes siguen siendo oficiales en el ejército de Cristo, y deben comportarse como tal. Pero si se deben cuidar de las cosas menores, ¡cuánto más cuidadosos deben ser en las grandes cuestiones de moralidad, honestidad e integridad! Aquí el ministro no puede fallar. Su vida privada tiene que mantenerse siempre en sintonía con su ministerio, o su día de perdición pronto llegará; y cuanto antes se retire mejor, porque la permanencia en su función solo deshonrará la causa de Dios y lo arruinará a él.

Hermanos, ya llegamos a los límites de una lección, y debemos concluir.